

La ciudad, esa cosa

Francisco Castejón Miembro de Acción en Red de Madrid

31-05-2023

*Los labradores se marchan
a vivir a la ciudad
Y no se van por su gusto
Ni por ganas de viajar
Que se van por que no quieren
vivir de la caridad*

Joaquín Carbonell, 1977

vertiginosa en nuestro país ha sido una nefasta ordenación del territorio, con grandes zonas despobladas y con escasez de servicios básicos y difíciles de atender. Seguramente, el proceso urbanizador se podría haber hecho de forma más sensata.

La ciudad es en el presente, antes de que la digitalización avance e invada más nuestras vidas, el lugar donde ocurren las cosas. Este proceso de digitalización permite una modesta recuperación del medio rural en España, con la vuelta al campo de alguna parte de la población. Pero este movimiento que vemos en la actualidad, fortalecido por la pandemia, no tiene comparación con el éxodo masivo del medio rural que se produjo en nuestro país en los 60 y las

1.- Un planeta cada vez más urbanita

Según el Banco Mundial, alrededor del 56% de la población de nuestro planeta vive en ciudades en la actualidad. La tendencia a la mayor urbanización ha sido creciente a lo largo de los últimos tiempos y no se ven motivos para que cambie, ya que la población de las ciudades no deja de aumentar. De hecho, según este mismo organismo, 7 de cada 10 personas vivirán en ciudades en 2050.

El aumento de la urbanización en el planeta se debe, sobre todo, a los movimientos de población del campo a las ciudades, buscando mejores condiciones de vida en algunos países, pero también a las migraciones para huir de guerras, conflictos, hambrunas y demás catástrofes. A estos movimientos se suman ya las migraciones creadas por catástrofes climáticas.

Las gentes buscan refugio en las ciudades cuando emigran o huyen de su país, más que en el medio rural de los países receptores. Por ello las migraciones internacionales también dan lugar al aumento de las poblaciones.

Las ciudades no sólo acumulan la población sino que también concentran la actividad económica, puesto

que el 80% del PIB mundial se genera actualmente en las ciudades. Esto no significa que el 80% de la riqueza se genere en el medio urbano, puesto que las producciones industrial y energética se dan a menudo lejos de las ciudades, sin embargo se contabilizan en estas por estar las matrices de las compañías instaladas en las ciudades. Y, por cierto, los impactos de estas compañías se sitúan, también a menudo, fuera del medio urbano, con lo que lo sufren los territorios que no se benefician de esas actividades.

En España, asistimos en los años 60 a un impresionante proceso de urbanización. Millones de personas abandonaron de forma masiva el medio rural en busca de mejores condiciones de vida en las ciudades. Esta urbanización se inscribió en un complejo proceso modernizador del país en que se produjeron profundos cambios sociales y acceso masivo a bienes de consumo y comodidades, aunque limitadas. El acceso al agua corriente y al saneamiento son ejemplos no menores de estos avances. No es extraño encontrar procesos similares a este en otros países del mundo que se hallan inmersos en similares modernizaciones.

El resultado de esta urbanización



En España, asistimos en los años 60 a un impresionante proceso de urbanización. Millones de personas abandonaron de forma masiva el medio rural en busca de mejores condiciones de vida en las ciudades. Esta urbanización se inscribió en un complejo proceso modernizador del país en que se produjeron profundos cambios sociales y acceso masivo a bienes de consumo y comodidades, aunque limitadas.

ciudades siguen siendo los escenarios de los sucesos sociales relevantes.

Así que la población urbana sigue creciendo en España. Y en el mundo.

2. Los efectos de la urbanización

El ritmo rápido a que crecen las ciudades plantea problemas y desafíos. En primer lugar, la ciudad crece contra las tierras fértiles, puesto que los núcleos originarios de población solían estar rodeados de buenas tierras. El primer resultado de esto es la pérdida de tierras cultivables con el consiguiente perjuicio contra la soberanía alimentaria. Sobre todo cuando el modelo de ciudad que abunda es el de la ciudad extensa, en lugar de apostar por ciudades compactas. Esta apuesta por el modelo de ciudad extensa implica que el aumento del suelo urbano crezca más deprisa de lo que lo hace la población urbana. Así, el aumento del uso del suelo urbano supera el crecimiento de la población hasta en un 50 %. Se calcula que esto puede añadir para 2030 hasta 1,2 millones de

km² de nueva superficie construida en todo el mundo.

Se han producido interesantes propuestas para minimizar este impacto sobre las tierras fértiles del crecimiento de las ciudades y defender las vegas y las zonas naturales colindantes. Buenos ejemplos son la defensa de la vega de Granada o de la Albufera en Valencia.

El crecimiento de la población urbana hace necesario satisfacer la demanda de vivienda, de empleo, de servicios y de infraestructuras a un ritmo endiablado. El resultado de la imposibilidad de satisfacer estas necesidades es la aparición del chabolismo o, en países más ricos, el crecimiento urbanístico desordenado.

La llegada de nueva población a las ciudades, especialmente cuando se produce de forma rápida y no de forma escalonada, da lugar al aumento de chabolismo y a la creación de barrios marginales.

El fracaso en la integración de todas estas gentes ha generado una pobla-

ción de unos 1.000 millones de personas que viven en asentamientos informales de chabolas e infraviviendas en las ciudades de nuestro planeta.

En la actualidad, los dogmas neoliberales hacen que prácticamente se haya renunciado a la planificación urbanística y que se deje al albur de la iniciativa privada la ordenación de la estructura de la ciudad. Y el problema es que es muy difícil cambiar esta estructura una vez establecida: los nuevos barrios, las arterias urbanas, la ubicación de los servicios, ... van a marcar las condiciones de vida de las poblaciones durante mucho tiempo y a generar necesidades de transporte y los problemas asociados a este, como atascos o contaminación del aire.

Las ciudades grandes son verdaderos sumideros de recursos físicos, con fuerte impacto en el territorio que ocupan pero también en los territorios que proveen estos recursos. Los núcleos urbanos necesitan satisfacer las necesidades de toda su población y, cuanto más grandes son, más aporte de recursos necesitan. Luego las condiciones de vida en las ciudades van a marcar de forma muy clara el impacto ambiental que nuestro planeta tiene que soportar por nuestra causa. Las ciudades son responsables de dos tercios del consumo mundial de energía y de más del 70 % de las emisiones de gases de efecto invernadero.

3.- Gestionar la ciudad

Nos gustará o no, pero los hechos anteriores demuestran que vivimos en un mundo cada vez más urbano. Aunque pudiéramos revertir la tendencia de la creciente urbanización, nos encontraríamos con que más de la mitad de la población vive ya en ciudades. Y esto nos sitúa en un escenario de minimizar al máximo el impacto de la ciudad y hacer esfuerzos para naturalizar y »»



Las ciudades grandes son verdaderos sumideros de recursos físicos, con fuerte impacto en el territorio que ocupan pero también en los territorios que proveen estos recursos. Los núcleos urbanos necesitan satisfacer las necesidades de toda su población. Las ciudades son responsables de dos tercios del consumo mundial de energía y de más del 70 % de las emisiones de gases de efecto invernadero.

cologizar la ciudad. En mi opinión, vivir en la ciudad o en el medio rural debería ser una opción personal, que siempre estará mediatizada por multitud de factores que limitan nuestra libertad, como todas las decisiones que tomamos en la vida.

A menudo se ha entendido el municipalismo como una competición entre ciudades en el mundo, donde estas sustituyen a los estados como actores políticos. Sin embargo, sería más interesante preocuparse de que la ciudad funcione bien para las personas que la habitan y para poder reducir su impacto ambiental.

La experiencia nos dice que cuanto más grande es la ciudad más problemas de gestión tiene, por lo tanto parece sensato hacer políticas que limiten el crecimiento de las grandes ciudades. Esto tendría además la ventaja de que frenaría el vaciado de los pueblos y generaría un territorio más equilibrado. El vector de los movimientos demográficos no puede ser el de la concentración urbana que produce, además, el máximo beneficio económico a las grandes empresas, sino que debemos intentar ordenar el territorio con políticas de inversiones y equipamientos en zonas más desfavorecidas. La política de no instalar en las grandes ciudades las sedes de agencias e institutos públicos es un buen paso en esa dirección, pero hacen falta más medidas que fijen la población en zonas deprimidas. Medidas fiscales, buenas redes de comunicación digital, favorecer los servicios, ... son ejemplos de lo que se puede hacer.

Como se ha comentado más arriba, las ciudades crecen destruyendo lo que tienen alrededor. Se puede redefinir la estructura de la ciudad para que no tenga una distinción tan radical del medio rural y tengamos tierras de cultivo y espacios naturales integrados o cercanos a la ciudad. Existen múltiples, aunque limitadas, ex-

periencias exitosas de huertos urbanos gestionados por ayuntamientos o por los vecinos. Asimismo, se ha conseguido detener la destrucción de tierras de cultivo y de parajes naturales cercanos a las ciudades en algunos casos. Si bien es muy difícil que estos cultivos urbanos satisfagan todas las necesidades de la ciudad, es evidente que son un avance y que permiten aumentar la calidad de los alimentos, reducir necesidades de transporte y favorecer un ocio saludable.

Se puede apostar por naturalizar las ciudades permitiendo a especies salvajes convivir con los humanos. Los ríos que fluyen sin obstáculos, como esclusas o azudes, permiten estas islas de naturaleza tanto en su curso como en sus riberas, si es que además no están canalizados. Se está experimentando también con la eliminación de cloro de algunas fuentes urbanas para convertirlas en charcas llenas de vida y la creación y cuidado de parques rústicos urbanos y periurbanos.

Se hace imprescindible una planificación urbana y una distribución de los servicios en las ciudades que permitan reducir las necesidades de transporte motorizado: necesitamos aumentar la accesibilidad, no la movilidad. La idea de la ciudad de los 15 minutos sería un avance para nuestra calidad de vida.



El tipo de espacios urbanos que se creen deberían ser amables e inclusivos, con sombras, bancos, fuentes y el mobiliario urbano necesario para que la calle resulte cómoda, especialmente para los habitantes más vulnerables. Estos espacios deberían aportar algún valor a la ciudadanía y al peatón. No sirven de nada esas enormes avenidas con varios carriles por cada sentido, que son de paso para las personas o esas plazas llenas de cemento, sin nada que invite a sentarse e intercambiar ideas. Desarrollemos la plaza como espacio de encuentro ciudadano que permita una mejor estructuración de la sociedad.

Los ayuntamientos podrían jugar un papel dinamizador de la economía de los ciudadanos mediante el desarrollo de energías renovables, de comunidades energéticas, de la construcción de vivienda pública social, etc. Las instituciones cercanas a los ciudadanos, los ayuntamientos y gobiernos autonómicos, tienen la capacidad de mejorar nuestras vidas.

Son difíciles de entender los resultados de las pasadas elecciones autonómicas y municipales, donde los debates de la campaña electoral se han centrado en asuntos que poco tienen que ver con lo comentado aquí. Si bien es obvia la conexión entre políticas estatales y locales, los debates se han situado en temas lejanos a los problemas autonómicos y municipales. Lo cual es una pena, porque se hurtan a la gente temas que son fundamentales para su bienestar.

Siempre me ha llamado la atención el caso de la ciudad de Friburgo en Alemania. Sistemáticamente sus habitantes votaban a menudo a Los Verdes en el ayuntamiento y a la CDU en las generales y federales. Esa separación entre izquierda y derecha para gestionar unos asuntos y otros es llamativa y contradictoria, pero muestra cómo se pueden centrar los debates. ■